

Notas del mes

En memoria de Germán Luco

La Sociedad de Escritores preparó un homenaje a la memoria de Germán Luco que se verificó en el Salón de la Universidad. En esa oportunidad, pronunciaron elocuentes discursos, para referirse a la obra y al hombre, Alberto Romero, Januario Espinosa y Lautaro García. El discurso del primero que es una sentida oración al amigo y camarada la reproducimos más adelante. Januario Espinosa dió a conocer los aspectos humanos de Luco, derivados de una larga amistad y Lautaro García puso de relieve el aspecto interesante de Luco, como autor dramático. García que conoció muy de cerca la labor realizada por Luco en el teatro, dió a conocer con abundancia de datos el camino recorrido, dentro del teatro chileno, por el autor de *La viuda de Apablaza*, pieza que se ha considerado por la crítica, como una de las más valiosas de nuestra escena. El discurso de Romero es el siguiente:

¡GERMAN LUCO, LUQUITO!

La pluma tiembla entre los dedos. Crecen las cuartillas, la adjetivación se bifurca a lo largo de sensaciones encontradas.

¿Incapacidad, cansancio? Nos detenemos un instante, y del fondo de esta como perplejidad repleta de emoción, de este estupor que el tiempo no ha logrado centrar en una realidad tangible y serena, brota una fecha: 1916, y tras ella, como la repercusión de un mensaje contenido en el tiempo, siento que irrumpe una voz henchida de cordialidad, una risa estimulante,

que empinándose al borde de la noche declama al oído su palabra de paz, el mandato sencillo: «no hagas discursos, gordo; no caigas en la trascendencia del discurso».

Llamado a la cordura tan propio del hombre que ha dejado entre nosotros el recuerdo de su sencillez perdurable, de una jovialidad comunicativa de todas las horas, yo acato, señores, la voluntad del escritor para quien no ha sonado la hora de las definiciones, ni el minuto en que ustedes, jurados del tribunal de la posteridad, lo inviten a comparecer ante el estrado frente al cual se ventilan los juicios en los que el escritor dirime las responsabilidades contraídas con su tiempo.

Artista de pulsación rápida y de sensibilidad dispuesta en zonas tan amplias como variadas, Germán Luco se proyectó en el telón de su época como esos grandes carteles luminosos en los que se combinan todos los colores, accionando a merced de un mecanismo que hace destellar su contenido en lampos vertiginosos y en sorprendentes combinaciones.

Caricaturista e ilustrador, cuentista y crítico, novelista y autor teatral, periodista y esteta, no intentaré avaluar el mérito o demérito de la obra realizada por Germán Luco, sino simplemente enfocar al hombre en su intimidad, seguirlo un poco a través de su día a día vibrador y generoso.

Interesante en la anécdota, en unas líneas aparecidas en «La Nación» el día de su muerte, yo he recordado el conflicto dramático que experimentó Germán, cuando a los catorce años descubrió la presencia de la Underwood a cuyo servicio iba a comprometer el empuje de su niñez. Chico de pantalón a la rodilla, a quien la vida comenzaba a apesadumbrar con responsabilidades de hombre, Luco vió malgrado aquel nombramiento de dactilógrafo que lo llevó a la Caja Hipotecaria; pero la sinceridad pudo en él más que la conveniencia y al ser requerido para concretar una posición de competencia, el flamante mecanógrafo, encarándose con su jefe, exclamó sin titubeos y deliciosa ingenuidad:

—¡Yo no «sabo» escribir, señor!

Extraña coincidencia: a mediados de 1916, yo fuí uno de los tantos dactilógrafos de pericia nominal, a quien el destino lleva a realizar el prodigioso descubrimiento de la máquina de escribir con un título de competencia adscrito a su incapacidad; y Germán Luco, el chiquillo balbuciente de otrora, ungido en jefe por mérito de inteligencia y don de adaptabilidad, fué mi guía en tan peregrina exploración; el que me infundió ánimos, el que puso su experiencia de muchacho precoz al servicio de la pereza irreductible que fué exornación de mis veinte años.

Oficial auxiliar de bien cimentado prestigio el Luquito de entonces; yo, modesto aprendiz de supernumerario, no tardamos mucho tiempo en encontrarnos en el trato cotidiano.

Pequeñito y acogedor, nuestro cuarto de labor tenía impreso en sus muros ese sello personal que impone la presencia del artista, dondequiera que habite, y cabe a los respetables archivos y en medio de la atmósfera tibia contenida en sus contornos, yo supe de las primeras inquietudes de ese gran pontifical de juventud en el que con Germán Luco oficiaban un Carlos Préndez Saldías y un Fray Apenta su despreocupada misa bohemia.

Precursor de ese género informativo de contenido novedoso y línea elegante que acabó con los viejos moldes periodísticos, Germán Luco empezaba, a la fecha de nuestros recuerdos, a adquirir cartel de escritor en las páginas de «Zig-Zag», donde firmaba sus artículos con un seudónimo estereotipado del personaje que Jean Lorrain llevó a la novela y sus caricaturas con el de Wisky.

De comprensión fácil y curiosidad e imaginación en constante alerta; camarada de lealtad ejemplar y generosidad sin límites, Luquito—como cariñosamente lo llamábamos—a la honradez del funcionario sumaba altas calidades de espíritu. Humorista con los que ponen su seriedad al servicio de los menesteres vulgares; arrogante con los poderosos y humilde con los humildes, su alma, en la acción, supo mantener el tono como la de los hombres que lo rodeaban.

En una de mis primeras tardes de oficinista, me sorprendió, al incorporarme al trabajo, un revuelo extraño. Entre preguntas desconcertantes y afirmaciones más o menos disparatadas, advertíase la presencia de un informador empeñado en desbaratar las ilusiones de la clientela, infundiéndoles desazón a unos y a otros un optimismo que no correspondía a la realidad. Corrí presuroso hacia la buharda que ocupábamos con Germán, y cuál no sería mi estupor cuando divisé a Claudio de Alas que en el sitio de Luco desempeñaba las funciones de oficial de partes, con tremenda seriedad.

Al reparo de una remuneración que cubría con exceso mis modestas ambiciones burguesas, solíamos, en los descansos, charlar de literatura, de arte. Lector apasionado y sentimental, vagabundo de viajes imaginarios, yo era a la sazón el estudiante fracasado que a la deriva de sí mismo no consigue orientar su brújula, mientras Luco trascendía en el cartel de la popularidad con los primeros atisbos del escritor.

Charla que te charla, una tarde surgió la pregunta, inquietante y reveladora:

—¿Tú no escribes?

Y a la pregunta se sucedió el requerimiento y al requerimiento la acción, y así fué como una noche salieron a relucir las cuartillas balbucientes, los esquemas en que apuntaba esta vocación que mal o bien he ido luego concretando en un acervo literario lleno de buenas intenciones.

A lo largo de estas notas, que quieren recordar nuestro pasado bizarro,

la evocación de Germán Luco late y se reanima con tal expresión de realidad e intensidad tan profunda, que su muerte nos parece apenas el episodio de una existencia llamada a sobrevivirse en cada jalón del camino.

Con su irrefrenable dinamismo intelectual y su euforia de corazón dispuesta al estímulo y a la acción generosa, Luco, como Hugo Donoso, fué un alegre animador de la bohemia literaria de hace veinte años.

Y si, como dice el poeta, «todo tiempo pasado fué mejor», no creo incurrir en exceso si califico como una gran época de nuestra vida la que terminó con el año 1920. Repercusión de ondas de inquietud social que se tradujeron en efervescencia patrioterica, con el asalto de la Federación de Estudiantes y los aprestos bélicos que colocaron al país en actitud un si es no agresiva frente a enemigos imaginarios, comenzaron a delinearse las trincheras desde cuya profundidad el político hizo blanco de sus primeros disparos en la juventud, que vimos luego disgregarse para en seguida constituir banderías que en derivación de anhelos parecen olvidar su razón de ser.

Ni tan repleta de inquietud intelectual, ni tan abastecida de interés científico y de problemas trascendentales, la realidad hacia aquellos años orientaba al escritor por rutas simples y acogedoras. Al salir a la calle, no nos asaltaba la pregunta que hoy nos retiene en casa: ¿a dónde ir?, ni teníamos que trazarnos esos itinerarios que tienden a salvar los escollos de un encuentro desagradable.

Triunfo rotundo de una solidaridad establecida sin acuerdo previo, triunfo del buen sentido social que los escritores después hemos ido olvidando, actores y periodistas y literatos, pintores y gentes sin filiación que de todas partes traían el polen de la inquietud adherido a la conciencia, llegamos, con un buen deseo de vivir dispuesto a flor de ánimo, a formar la gran comparsa de las noches santiaguinas.

Palet, en su viejo rincón de la calle del Estado; el Centre Catalá, y la Fanfarra Suiza, sita en la Plaza Yungay, cuna de la Juana Lucero; el gran Coppola, y el casino destartado, pero simpático de «La Unión», la trastienda de «El Diario Ilustrado»; el buen Jacquin del valdiviano mañanero y el «Teutonia» donde imperaba el matonaje, todos esos sitios y otros que por prudencia no recordaré, tenían un rincón amablemente dispuesto para hospedar nuestros anhelos.

Germán Luco, que dió un tono tan noble y un tan elegante subrayado a sus despilfarros de soñador, era el nexo de esa heterogeneidad humana que oscilaba entre tan diversos edades y actividades tan opuestas.

Para no hacer demasiado fatigosa la enumeración, citaré unos pocos nombres que servirán para establecer los puntos de comparación indispensables para la reconstitución del cuadro estrafalario y cosmopolita que colgó en el murallón de la vieja ciudad: Pepe Vila, el bueno y entusiasta don

Pepe, mantenía la perpetuidad de un peregrino título de Presidente del Club Deportivo en que se transformó el modesto cenáculo de Palet, cuando fué menester ampararse en la personería jurídica para eludir los rigores de la ley de descanso dominical, y con él, recordemos la actitud de gran señor displicente de Vicho Balmaceda, la elegancia de su primo Gustavo; al melancólico Juan Manuel Rodríguez y a Federico Gana y a Claudio de Alas. Don Antonio Bórquez Solar; ya en sus últimos años de fervor bohemio, alentaba Shanty, y Víctor Domingo Silva solía despachar en esas mesas las peticiones del electorado que lo ungió diputado, mientras debatían la discusión de sus problemas humanos Fray Apenta, Carlos Préndez, el ponderado y noble don José María Perlaza, el acuatoriano Veintemilla, Roberto Aldunate; Angel Cruchaga, Lautaro García, Juan Guzmán, Armando Moock, Frontaura, Chao, los hermanos Chazal, Hugo Donoso, Coke, Martín Escobar, los Ramos y Pedro Sienna.

Cultivador de todos los géneros, partícipe de todas las actividades artísticas, Germán Luco circulaba sin restricción, en la amplitud de esas noches tan henchidas de interés y de entusiasmo literario.

Cuando los estudiantes ofrecieron a la ciudad el primer gran espectáculo de aquellas primaveras humanas incorporadas a la exuberante primavera de la vida, Luquito, ataviado con un deslumbrante disfraz de Pierrot, se incorporó en la primera fila de la farándula que se daba cita en el Club Hípico. Fiesta para todos los sentidos, el aire templado de la noche desparramaba en el espacio una voluptuosidad densa y aturdidora. Ni bailarín ni hombre que se diera a la aventura amorosa de contenido efímero, Germán, de pronto, se tornó silencioso, y así lo vimos hendir la multitud ondulante hasta enfrentar el surtidor que proyectaba sobre el espacio su magnífica combinación de colores. Nuevo para nosotros, aquel fascinante derroche de aguas encendidas cogió al pintor y, revelación súbita de su aire recogido, de su silencio, en un momento dado, desprendióse del grupo de los amigos y tras rápida y ágil carrera, se lanzó a la pila.

Hermosa borrachera del color, alucinación del espíritu, si la significación de tan bello gesto escapa a la comprensión del sentido común, no puede, estoy cierto, escapar a la penetración de ustedes, de quien reclamo el veredicto imparcial que exige el esteta y enamorado de la forma plástica que fué Germán Luco.

Niño que juega con las burbujas de su propia alegría, Germán, a salvo de la neumonía a que lo condenó el sesudo vaticinio del espectador, en el baile del año siguiente sufrió un contratiempo que quiero recordar por el alcance simpático que tiene para el escritor y por la significación que adquiere como enunciado del proceso de desintegración espiritual que culminó el año 1920.

Fiesta ya en declinación de espontaneidad y frescura, cuando Luco entró al recinto del baile, los muchachos de su comparsa se trabaron en agria y vulgar discusión con un grupo de jóvenes beligerantes. Payaso clarividente, nuestro Germán comprendió el fracaso de la noche, y en derrota de ilusiones, maltrechos sus propósitos de alborotar sana y alegremente, optó por emprender la retirada. Pero el destino, que tiene a veces obstinaciones incomprensibles, empeñóse esta vez en transformar la gola romántica del señor de la pirueta, en gola de juez, en gola de dirimidor de contiendas ajenas. Bulnes abajo, y cuando menos se lo pensaba, el solitario viandante vió venir hacia él a un sujeto que entre voces de auxilio y denuestos reclamó su protección. «Me matan, señor». Germán se detuvo y cuando los perseguidores lo acosaron para exigir la rendición del evadido, comenzó la tarea del pacificador. Persuasivo, y empleando la sencillez de lenguaje con que el criollista y el gran comprensivo de las tragedias humanas sabía penetrar en la enmarañada sensibilidad popular, Germán se impuso rápidamente estableciendo una concordia que concitó al payaso sonoras declaraciones de amistad.

Gratitud criolla que deriva en el homenaje, Luquito, después, tuvo que aceptar y retribuir una serie de brindis, y luego, héroe providente, el dueño de casa reclamó su presencia en el salón donde la efusión de sentimientos recalentaba la atmósfera con espesos vapores de cordialidad. Colocadas las cosas en un terreno tan propicio al deslizamiento acelerado, llegó a la hora de apurar la copa del estribo, esa copa al seco en la que nuestra criollidad se define locuaz y dispendiosa. Pero, «Arena que sin sentir tan callada vas pasando», el calendario había hecho ya largo camino y, cuando al atardecer de un lunes consagrado al trabajo, honesto nuestro Germán, vestido de payaso, cruzó las calles de la ciudad lleno de indiferencia, las gentes lo miraron sin acertar a comprender de qué astro caía tan extraño personaje.

Pierrot extraviado en su fiesta, payaso fraternal, curioso observador de la vida, enfoquémosle ahora en uno de sus rasgos de sinceridad de esa sinceridad que Luco concretaba con una espontaneidad y una elegancia que no le atrajeron rencores ni malquerencias.

Entre los hombres del segundo plano que frecuentaban la tertulia de los escritores, tuvo gran actualidad un sujeto que inventó Claudio de Alas. De espíritu precario y modesta extracción, el individuo del cuento había casado, en mérito de relevantes condiciones físicas, con una viuda anciana y opulenta. Príncipe consorte, una espantosa avidez de notoriedad lanzó al aparecido en un tren de despilfarro insolente y necio.

Basto y grave, yo le conocí en el período en que el pobre hombre hacía frases que cogía del repertorio de Claudio con un criterio disparatado; en el período, de efímera duración, en que destrozaba los cristales de los es-

caparates para en seguida darse el placer de preguntar ¿cuánto se debe? y girar un cheque que lo resarcía de miserias pretéritas. Con plumas de intelectual y dispendios que en atisbo de figuración tendían a ejercer el protectorado de los escritores, lo cogió la viudez. Hombrecito dado a los excesos, sujeto estridente y espectacular, la tarde misma del sepelio de la rica señora, el viudo quiso estrenar su viudez con utilería completa. Germán, que apuraba su aperitivo en una mesa del fondo del salón de Palet, cuando lo vió venir se puso en pie e interceptando el paso al cortejo que acompañaba al doliente, le tendió los brazos y medio en actitud de banderillero, medio en postura enternecida, lo saludó:

—¡Manuel, tú sabes que soy muy sincero: te felicito, viejo!

A lo que respondió el viudo, con acento compungido, devolviéndole el abrazo con recio apretón de manos.

—¡Muchas gracias, Germán!

Inquieto e imprevisor, Luco, un día, porque sí, decidió abandonar el empleo que le ofrecía un porvenir económico.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé ni me importa, Quiero escribir, dedicarme al periodismo.

Y entre el fracaso de una revista y la tentativa de lanzar un periódico a la circulación, Germán recorrió el país yendo y viniendo de una ciudad a otra.

Cuando yo me radiqué en Buenos Aires, una noche recibí un telegrama: «Llego mañana.—Luco». Después lo encontré en Concepción, luego en Valparaíso, más tarde en Valdivia.

Vagabundo hasta la sinuosidad, Luco no perdió jamás la línea llena de distinción y lealtad que tan vigorosos contornos dieran a su personalidad.

Y si la anécdota tiene importancia para fijar las dimensiones del hombre y la calidad de su contenido, Germán Luco realizador de todo un programa de intensa captación vital, concreta en su literatura esa insaciable aspiración de vivir y de vincularse con plenitud de conciencia y en identidad de sentimientos a la realidad de cada día.

Burócrata y agricultor, director de diario y novelista, su drama fué drama de inquietud, de curiosidad insatisfecha, de bondad no siempre retribuída. Mal administrador de su talento, henchido de confianza en sí mismo y en el porvenir, Germán Luco vivió aguardando el minuto de serenidad al que pensaba entregar el contingente valioso de su talento y de su sensibilidad para realizar la obra que la vida le había confiado.

Contraído al cumplimiento de los deberes que impone el hogar, en una de sus últimas noches de tránsito por esta vida que amó con tan intensa pasión y tanta humildad, quiso que fuéramos a aguardar el alba a la casa donde cenábamos hace veinte años.

Bohemia retrospectiva, pequeña aventura a la que esa noche intentamos incorporar a nuestras compañeras, no fué su presencia ni la falta de arrestos los que se interpusieron frente a nosotros, sino la realidad, la dramática e irrectificable realidad contenida en el tiempo.

—¡Jacquin murió Dios sabe cuándo, Germán!—le observé.

Y con la vista puesta en el resplandor de las calles que miran hacia el viejo escenario, desde la madrugada salía coger a los muchachos declamando versos, echamos a andar.

Mala jugada del corazón al que Germán no supo ponerle murallas y ardió como ascua viva a merced de los intensos vientos de travesía del dolor, su última anécdota, la que determinó su muerte, se infiltró en su espíritu, cuando se enteró de que Evaristo Lillo, el amigo de una vida, el intérprete de sus obras se moría en un lecho de hospital.

La angustia de esa agonía sobrecogió a Germán, y cuando al anochecer regresó a «El Mercurio» a concertar con Chao los detalles de un beneficio que la fatalidad quiso que no se realizara, Luquito supo de la existencia de uno de esos papeluchos infames que la maldad desliza a través de los más respetables resquicios.

¡Pobre gordo! Toda una vida dedicada a dignificar la farsa y a chilениzar la farsa, y ¿para qué? ¿Para que un buen señor, saltando por encima del lecho hospitalario, del lecho heroico donde caen los buenos de corazón lo acusara de borracho? Procacidad a la que suele unirse la calumnia y la indignancia de imaginación, el delator no trepidaba en aseverar que la noche antes, es decir, la que precedió a su muerte, sus amigos habían cogido al actor en flagrante y ruidoso desliz arrabalero.

Indefenso ante la maldad, impotente para la lucha, la sensibilidad del escritor, del ciudadano de corazón sufrió un desgarrón que no admitía suturas.

Olvidar, aturdirse.

Henchido de esa bondad que se desbordaba fácilmente a flor de alma, bondad que no conoció control, Germán Luco esa noche salió a vagar, a enfrentarse con la vida.

Y la vida lo venció, señores. Eso fué todo.